

Jesús Marchamalo

Cortázar y los libros

CÁTEDRA

Índice

| | |
|---|-----|
| PRÓLOGO. Un lector llamado Cortázar (Javier Gomá) .. | 9 |
| CORTÁZAR Y LOS LIBROS | 13 |
| Los libros de la rue Martel | 15 |
| Drácula con reloj | 19 |
| El vampiro lector | 37 |
| El lector caprichoso | 55 |
| Un sueño para el verano y otro para el invierno | 81 |
| Cariño no literario | 89 |
| El último <i>round</i> | 111 |

PRÓLOGO

Un lector llamado Cortázar

JAVIER GOMÁ

Se veía venir. El encuentro entre Cortázar y Marchamalo, una amistad ya antigua, ha cuajado en un libro precioso. En *Cortázar y los libros* se percibe una corriente de simpatía personal del autor hacia el gran novelista argentino. Es una cuestión de afinidades. A Marchamalo, admirador de las novelas de Cortázar, le divierte el hombre, su estafalaria altura, su estampa aniñada, sus hábitos, su gato y hasta la personalidad un poco gatuna del poseedor del gato. Y es que la literatura de Cortázar tiene algo de consciente divertimento, de esparcir diversión en el doble sentido de entretener y amenizar al lector, por un lado, y de apartarle y desviarle de las sordideces poco amables de la vida, por otro. Y ese nutriente

lúdico de la literatura juliana o cortaziana proviene de las fuentes recreativas del individuo Julio Cortázar, quien mantiene una relación jocosa con la realidad y juega con esta dama al juego de la vida. Este libro sorprende ese juego en una de sus más secretas perspectivas: el acto de leer. La viuda de Cortázar, Aurora Bernárdez, donó a la Fundación Juan March los más de cuatro mil volúmenes que componían la biblioteca personal que el novelista había reunido en su piso parisién de la calle Martel. En este nuevo libro, Marchamalo bucea en esa ciudad sumergida que es la biblioteca y lo hace con el rigor profesional de un detective, analizando con cuidado en su libreta cada una de las circunstancias del caso, pero un detective que no puede reprimir una íntima simpatía hacia el investigado porque comparte con él, entre otras cosas, una misma pasión: el fetichismo del libro, su nimbo y su perfume. Uno de los aciertos de *Cortázar y los libros* es la elección de las fotografías y las ilustraciones; en ellas comparece Cortázar con su letra, su trazo, su garabato, su comentario en vivo, su confianza. A todas luces se observa que el novelista goza leyendo y anotando al margen las reacciones de su lectura. Marchamalo revisa con amoroso detenimiento esas ricas *marginalia* julianas que rebosan estilo y personalidad. A veces, un modesto subrayado puede ser de lo más elocuente; por ejemplo, el que destaca esa frase tremenda, «La resistencia del hombre a convertirse en combustible social», en el prólogo de *Los siete contra Tebas* de Antón Arrufat. Estremece que alguien pueda

lamentar la poca inclinación del hombre a inmolarse por la utopía política.

Además de por las notas de lectura, la Biblioteca Julio Cortázar es interesante por los más de quinientos libros dedicados por sus autores al novelista. Es curioso seguir con Marchamalo esa secuencia de dedicatorias y ver dónde el remitente trata de ponerse sentimental, original o más o menos adulator y, otras veces, registrar el comentario que la lectura del libro le suscita al destinatario. Las pesquisas de Marchamalo alcanzan también a una porción de libros que están ahí extrañamente sin dedicatoria y sin apenas glosa, como los de Borges, así como a esas ausencias, algunas muy notorias y lucidas—entre los españoles, Delibes o Cela—, que quién sabe a qué se deben, si a preferencias literarias de Cortázar—cada uno es muy dueño de su gusto, y solo faltaría que tuviéramos que ser justos y ecuanímenes al formar nuestra biblioteca— o quizá a las contingencias de mudanzas, préstamos entre amigos o extravíos.

El resultado de este salto olímpico con tirabuzón de Marchamalo en la piscina cortaziana es un libro encantador y, desde ahora, una guía imprescindible para quien, después de él, desee adentrarse en la Biblioteca de Cortázar depositada en la Fundación.

Un libro encantador de Marchamalo tiene sus riesgos, lo sé yo mejor que nadie. Yo escribo libros sobre materia que vagamente podría calificarse de metafísica y Marchamalo se ha ganado un nombre como autor de metatextos, esto es, de libros sobre libros y sobre escritores de

libros. Ahora bien, la metafísica tiene las de perder frente al metalibro. Publiqué hace año y medio un ensayo filosófico y le pasé a mi mujer un ejemplar; muy amablemente ella depositó el volumen que entonces tenía entre manos en la pequeña montaña de libros que almacena sobre la mesilla de noche esperando su turno y lo sustituyó por el mío. Yo disfrutaba viendo cómo ella avanzaba en la lectura con aparente interés, lápiz en ristre para el oportuno subrayado. Inconsciente de las consecuencias de mis actos, unos días más tarde le entregué una novedad de Marchamalo, uno de esos metalibros balsámicos que se leen con fruición y que acababa de aparecer en las librerías. Y seguí con mis asuntos hasta que, poco después —¡por el perro!, como decía Sócrates—, tuve la dolorosa, resentida visión, al entrar en el dormitorio conyugal, de mi libro abandonado en la pila de la mesilla, con el lápiz más o menos por la mitad, y de mi mujer, tumbada sobre la cama, entregada placenteramente a la lectura de Marchamalo. *La dona è mobile.*

He publicado otro ensayo hace tres meses y ahora Marchamalo vuelve a la carga, con fastidiosa coincidencia, pero esta vez no voy a cometer el mismo error. *Cor-tázar y los libros* no entrará en casa hasta que yo lo estime conveniente. Tengamos la fiesta en paz.